



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 8.º

JUEVES 1.º DE MAYO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LAS CORRIDAS DE TOROS.—INTRIGA Y PASION, por John Lang. (Continuacion).—ROBERTO EL DIABLO (Del alemán.) Continuacion.—LA PRESENCIA DE DIOS: Oda, por Melendez Valdéz.—LA CIUDAD DE CABUL.—ESCRITORES CELEBRES: El vizconde de Chateaubriand.—EL HUSO, LA LANZADERA Y LA AGUJA: Cuento alemán, por Grimm.—EL OIDO DE LOS IRRACIONALES.—UN DESAFIO DE LAMARTINE.—BIBLIOGRAFIA.—AGEDREZ POETICO.—PENSAMIENTOS.

## LAS CORRIDAS DE TOROS.

El origen de las corridas de toros se remonta á siglos bien remotos, pues se supone fue Rodrigo Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, el primero que alanceó toros á caballo, y se asegura se corrieron toros por vez primera por los años 1100 ó 1110, si bien se sabe de cierto que hubo semejante espectáculo en las bodas de don Alfonso VII con doña Berenguela, hija del conde de Barcelona, celebradas en el año 1124.

Asi como con el trato con los árabes, meto- dizaron los españoles los juegos de cañas, las justas y los torneos, asi tambien las corridas de toros, pues se ejercitaban los primeros en lucha con estas fieras, como hacian en Africa con los tigres y leones. Las paredes de la Alhambra y otros edificios de su tiempo, nos presentan pintados ciertos combates entre árabes y leones ú otras alimañas. No falta quien diga que los moros fueron los primeros en luchar de propósito con toros en lugar cercado, para demostrar valor, agilidad y destreza, y que Toledo, Córdoba, Sevilla y otras ciudades, vieron semejantes espectáculos en su recinto, favorecidos por las damas, cual si fuesen empresas caballerescas, mientras permanecieron en poder de los árabes. Pero debe creerse que aquellas luchas no se verificarian en lugares bien cercados, cuando en unas fiestas del rey chico de Granada, mató un toro

cinco ó seis personas, y atropelló mas de cincuenta.

A medida que adelantaron los tiempos, fueron obteniéndose notables progresos en el arte ó lidia verdadera. En un principio solo fueron caballeros y ricos hombres los que se ejercitaban en las fiestas de toros delante de los reyes, sin otro estudio que el valor, arrojo y temeridad algunas veces. De estas dotes hacian alarde, lo mismo que de ser buenos ginetes, puesto que la destreza en manejar bien el caballo, consistia entonces el salir ileso de la lucha y airoso de la empresa. En las primeras corridas de toros usaron los caballeros de lanzas de doce palmos de largo: las lanzas enormes por su peso, de que tenemos ejemplares en la real armeria, solo servian para guerrear con los moros. En las corridas del año 1725 se usaron unas lancillas de 16 palmos de largo, pero que no herian tanto como los rejonos antiguos, los cuales muy larga y segade su punta, no era extraño mataran al toro al primer rejonazo. Las varas ó picas de hoy dia sirven mas bien para alargar la fiesta con su suerte, martirizando á la fiera, que no para herirla mortalmente. Ni hubo nunca número fijo de caballeros para torear, que tenian un padrino cada uno y por lo regular grande de España, cual sucede todavia con los *caballeros en plaza* de nuestros toros reales; ni estaba nadie asalariado, sino únicamente algunas personas, que cuando no lo hacian esclavos moros ó negros, desjarretaban los toros y los acababan de matar con chuzos y estoques desde los tablados. Pero cuando de mero valor y gallardía pasó la lidia de toros á ser arte, observando la intencion de la fiera, de qué asta corneaba mas, si desarmaba alto ó bajo, y otras reglas por el estilo, entonces aparecieron los toreros de oficio.

Capeábanse tambien los toros en las corridas de á fines de la edad media, imitando en esto á los moros andaluces que lo hacian con sus albornoces. Aparecieron poco á poco los chulos, y la desusada suerte de la lanzada á

pie, lo mismo que el poner las banderillas, llamadas *harpones*, y que á principios del siglo pasado se ponian solo una cada vez y no á pares. Por los años de 1726 se asegura que Francisco Romero el de Ronda, usó de la mulitilla aguardando el toro cara á cara y á pie firme, pero vestido con calzon y colete de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir las cornadas. Mas como se probó despues que no la resistencia, sino la costumbre, agilidad y destreza, era la verdadera defensa de la fiera, de aqui es que á mediados del último siglo vestian ya los toreros de tafetan y de seda. No obstante, continuaron los picadores llevando unos gruesos botines de ante, llamados en un principio *espinilleras*, y despues *calcetons* para reservar de la cornada, y principalmente de los restregones de los tablados á que está espuesta la pierna izquierda cuando acontece la suerte junto á la barrera, asi como la derecha lo está siempre á las astas del toro. Por los mismos años del reinado de Felipe V parece empezó la suerte de espada á pie ó estoquear al toro, que requiere efectivamente un valor y sangre fria á toda prueba, de que blasonaron en otros tiempos los Romeros, Lorenzillo, Cándido, Melchor, Mantincho, Diego del Alamo, Rodriguez, Costillares, Pepeillo, y otros; y posteriormente Montes, Cúchares, el Chiclanero, el Salamanquino, Cayetano y el Tato.

Asi han llegado hasta nuestros dias las corridas de toros, verdadera fiesta nacional.

Pero hé aquí que con motivo de la desgracia ocurrida recientemente á uno de nuestros mejores diestros, al simpático José Rodriguez (Pepete), cuyo retrato ofrecemos á nuestros lectores en el presente número, se levanta una cruzada general contra las corridas de toros. Y se pide su supresion, y se recuerdan los juicios que merecen de los extranjeros, que tienen por cierto fiestas y luchas quizá mas bárbaras y mas irracionales, sin hacerse cargo de que lo que debe hacerse no es suprimir, sino mejorar, metodizar, ennoblecer



las corridas de toros. Tan populares funciones irán decayendo con el tiempo, como pasa de todo la moda y la costumbre, como entra todo en período de decadencia. Pero así como nadie anatematiza el oficio de albañil, cuando uno de estos infelices cae de un andamio, ni se pide la supresión de los carruajes, de los caminos de hierros, de la navegación, de las funciones de acróbatas, y mil otras cosas espuestas á incidentes imprevistos, así también cuando se lamenta (como lamentamos de veras) la muerte de un valiente lidiador, no debe recaer la execración general sobre una institución antiquísima, ni sobre toda una clase que cuenta numerosos apasionados. Suprimase enhorabuena la indiferencia en dejar matar caballos; prémiese al picador que saque ileso el suyo en cada corrida; disminúyanse el número de estas, y por lo mismo los peligros para los diestros, y las corridas de toros perderán esa parte que las hace repugnantes y sangrientas, ennobleciéndose como hemos dicho, en lugar de atraerse las antipatías del público y las censuras de la prensa.

### INTRIGA Y PASION.

(CONTINUACION.)

#### VII.

He tenido visitas hoy, Jerónimo, le dijo Antonieta á su hermano cuando volvió de la redacción del periódico.

—¿De veras! ¿Quiénes eran?

—La condesa de Calmet. ¡Ah, Jerónimo! ¿Qué mujer tan celestial! y su hermano es un hombre de una apariencia muy distinguida. Estuvieron emigrados durante algún tiempo, pero están á punto de volver á Francia.

—¿Dichosos ellos! Pero ¿cómo vinieron á visitarnos?

—Habían oído que una señora francesa y un caballero estaban aquí recién llegados y deseaban saber algo acerca de los negocios en Francia. Yo no les dije nada porque siempre me has encargado que no hable de estas cosas.

—Eres una buena muchacha.

Pero son partidarios ardientes de los Borbones.

—¿Cómo? ¿Lo dijeron así?

—No; no al principio; pero cuando les mostré el rizo de la reina sus ojos se llenaron de lágrimas. Desean mucho verte y volverán mañana antes de las doce. ¡Ah, Jerónimo! ella es hermosa de veras; yo estaría mirando su rostro desde la mañana hasta la noche; es viuda, su marido murió en la desesperación en este país hace medio año.

—¿Es tan hermosa como madama Luvois?

—Infinitamente mas bella y mas graciosa, además, ¡su figura es tan magestuosa!

—Me haces desear verla.

—Y así que la veas la amarás.

—¡Ah, hermana mía! no estoy en el caso de amar. A la verdad, creo con uno de nuestros filósofos, que después de todo, el amor no es mas que un capricho que nos cansa pronto, una locura romántica, un gusto seguido inmediatamente del disgusto.

—Esas reflexiones son demasiado profundas para mi entendimiento, Jerónimo.

La noche de aquel mismo día Jerónimo terminaba otra carta de *Disco*, mientras su hermana, sentada á su lado, se ocupaba de sus labores. Aquella carta se iba á imprimir en Londres para mandarla á París; era la mas larga y mejor que habia escrito jamás, y sin duda alguna causaría gran sensación en los clubs y en otros puntos donde sería leída con avidez.

¿Con qué secreto placer corregía Jerónimo esta carta! ¿Cuán dulce es, decía en su interior saber que lo que escribimos merece la atención y el aplauso! ¿Que desde la bohordilla en que vive un pobre emigrado puede hacer temblar á los monarcas poderosos y á sus ministros! Sino hubiera sido por el pérfido Cartouche, hubiera tenido el placer de observar el

semblante de los que leían mis producciones.

—¿Puedo tocar ahora que has concluido tu trabajo, Jerónimo?

—Sí, querida mía; toca alguna cosa que conmueva el alma, alguna pieza marcial; me pasearé en esta pequeña habitación figurándome que soy un monarca que voy hollando una partida de rebeldes, de usurpadores é impostores. Antonieta, alégrate al saber que hoy mismo mis jefes me han aumentado voluntariamente el sueldo; en vez de recibir tres libras esterlinas cada semana, recibiré cinco. Si algún día nos vemos en Francia, habiendo recobrado nuestros bienes, ¡cuán deliciosamente recordaremos estos días y qué gratitud sentiremos hacia este país que nos sirvió de asilo, nos protegió en nuestra desgracia y nos dió medios para sostenerlos; con comodidad y decoro!

A la mañana siguiente, después de las once y media un carruaje se detuvo delante de la casa de Jerónimo, y bajando de él un lacayo, dió algunos golpes en la puerta.

—¿Está la señorita de Vercourt? (Vercourt era el nombre adoptado por Jerónimo).

—Sí.

La condesa de Calmet y De Clairant descendieron.

Antonieta recibió las visitas y las presentó á su hermano. Jerónimo encontraba á la condesa tan bella, que según las palabras de lord Rochester, obligaría á una nación de ateos á adorar una divinidad. Sus ojos se embobaban en sus encantos y la contemplaba con emoción.

—¿Habeis llegado hace poco de Francia, Vercourt? dijo De Clairant.

—Hace algunas semanas.

—Nosotros estamos próximos á volver.

—Recibid mis mas sinceras felicitaciones.

—¿Pero deseamos saber si los del partido realista están efectivamente seguros en París? ¿Si se puede fiar en la palabra del emperador y si es sincero en sus promesas?

—Se puede fiar en la palabra del emperador; tengo demasiado respeto á su genio admirable para creerle capaz de una falsedad; pero está rodeado de aventureros tan infames y rapaces que solo luchan por su interés individual, por temor de que no dure esta dinastía; me es imposible aventurar una opinión en la cuestión que me presentais.

—¿Está Fouché aun en el poder?

—Lo está, y es muy poderoso por su audacia.

—Hemos leído en los periódicos ingleses, que habia una sociedad llamada la cohorte de Venus. ¿Qué es esta cohorte?

—¿No teneis idea alguna de ella?

—Ni la mas mínima.

—Entonces yo os informaré.

—Permitireis á mi hermana que lo escuche también; ahora está en conversacion con la señorita de Vercourt. ¡María! dijo De Clairant, ¿quereis escuchar la descripción de la cohorte de Venus? Estoy cierto de que la señorita de Vercourt me perdona esta interrupción.

—Esta cohorte, dijo Jerónimo cuando todos estuvieron en silencio, es una institución de Fouché.

—¿De Fouché? ¿De este hombre tan vil? dijo la condesa.

—De Fouché, repitió Jerónimo; pero no es este personaje vil que se ha descrito. Empezó su carrera de maestro de retórica en una escuela pública, pero aunque detesto sus ideas y hasta su persona, reconozco sus extraordinarios talentos.

—Pero es un monstruo, dijo la condesa.

—Una furia, dijo De Clairant.

—Sois justo, dijo Jerónimo. El cometió sin duda aquellas bárbaras crueldades en Lyon y en Nantes. La corte está compuesta de los caracteres mas perversos. Mujeres fascinadoras y hombres de un exterior sumamente agradable; muchas de estas gentes se han mezclado con la mejor sociedad y están familiarizadas con sus costumbres. Son de hecho los espías domésticos de Fouché.

—¿Qué infames! dijeron la condesa y De Clairant.

—Es casi increíble, prosiguió Jerónimo, pero estos gastos son soportados por el Estado. Con el dinero del pueblo se llena por la noche la bolsa de los jugadores y se sostienen establecimientos costosos para estas sirenas.

—¿Esto es prodigioso! dijo la condesa, ¿pero la sociedad de París no ha sido advertida de esto?

—Lo ha sido, y esto ha engendrado una desconfianza general. Nadie puede fiarse de su vecino ni de su amigo. ¡Ah! yo mismo soy víctima de ello; pero el hombre es por naturaleza generoso y confiado.

—Es verdad, dijo De Clairant, y en estas circunstancias, María, dijo dirigiéndose á la condesa, dudo que sea prudente de parte nuestra el aventurarnos á volver ahora á nuestro país.

La condesa suspiró, pero manifestó deseo de correr este riesgo, por la impaciencia que tenia de volver á ver su país natal. Jerónimo y su hermana fueron invitados para ir á comer con la condesa y su hermano al siguiente día y aceptaron la invitación.

#### VIII.

Jerónimo Lagrange habia tenido tan buen humor como todos los demás jóvenes de su edad y de su temperamento, pero sus afecciones no se habian fijado jamás sobre objeto alguno. Esceptuando á los individuos femeninos de su propia familia, jamás habia amado á mujer alguna en el mundo y el cariño que habia sentido hacia estos, ¡cuán diferente, cuán inferior era á la pasión que sentia ahora nacer en su pecho!

Apenas habia salido la condesa, cuando él empezó á elogiar su belleza y la elegancia de sus maneras y convino con su hermana en que no habia palabras para describir esta persona sin igual. Jerónimo tenia que trabajar en su oficina, pero ¿quién puede trabajar después de haber visto y hablado á una mujer semejante? Y sin embargo, habia prometido entregar el manuscrito de la última carta de Disco al impresor á las dos y media y corregir las pruebas en la misma tarde. ¿Cómo habia de ocuparse de esta materia? ¿Qué cerebro puede pensar en política y sarcasmos cuando la imagen de un ser tan amable está flotando continuamente ante él? Su vista se fijó en una elegante sombrilla y en un tarjetero de oro adornado con piedras preciosas que la condesa habia dejado fingiendo olvido. ¡Qué fortuna! La condesa echaria de ver la falta de ambos objetos y volveria á buscarlos; Jerónimo por lo tanto no iria á la redacción hasta que volviera por ellos. Su modo de obrar parecia pueril, pero Antonieta no se sorprendia de estos éxtasis porque ella misma estaba enamorada de la condesa.

Cuando la condesa y De Clairant salieron de casa de Jerónimo, volvieron inmediatamente á su hotel; pero volvieron á pie á casa de Jerónimo para recoger la sombrilla y el tarjetero que habian dejado, no por olvido, sino voluntariamente.

—¿Qué pensais del joven? preguntó De Clairant, cuando volvieron á la calle de Saint-James.

—Es estremadamente despejado y sin duda alguna el autor de estas cartas. No he visto jamás ojos mas expresivos, ni sonrisa tan agradable como la que una ó dos veces se manifestó en sus labios. Pero decidme, vos que debis ser mejor juez que yo en esto ¿creeis que haya amado? ¿Conócese algo de la vida? A juzgar por algunas frases de sus cartas y por varias alusiones que ha hecho, diria que era una especie de anacoreta; pero por su aspecto personal, ¿cuál es vuestra opinión?

—Mi opinión es que vos podeis ganarle á la primera entrevista que tengais con él á solas; yo le examinaba y ví el efecto que vuestra belleza hizo sobre él.

—¿Le hizo mucho efecto?

—Su vista se hallaba fija en vos, y en una ó dos ocasiones le ví temblar cuando se volvía hacia vos. Pero decidme ¿no os habeis sentido



avergonzado de nuestra conducta cuando estábamos sentados en la misma habitación con esta joven encantadora y...

—¡Bah! Os repito que hemos jurado servir á Fouché y cualesquiera que sean nuestros sentimientos debemos ahogarlos en nuestros pechos. Yo me he obligado á llevar á este hombre á París, cautivo en las cadenas del amor y entregarle al poder de Fouché, y este compromiso trato de cumplirle.

—¿Qué me mandais?

—Que esta tarde cuando vayamos á paseo con ellos...

—¡Cómo! Jerónimo no estará ya cuando lleguemos á su casa.

—Sí; tengo el presentimiento de que ha de estar; vos dareis el brazo á su hermana y procurareis ir siempre quince ó veinte pasos detrás ó delante de nosotros. Al volver de paseo, los invitareis á tomar té con nosotros, y yo apoyaré vuestra proposición si vacilan ó hacen objeciones.

—Pero no seas prematura; puede sospechar algo.

—No temais; pero no vayais á figuraros que yo tendré esta noche las cartas ó la confesión del autor. Deben de ser aficionados á la música y voy á hacer los mayores esfuerzos para agradarles, aunque confieso que estoy triste. La locura del lord Brenton y la angustia de sus padres, me ha afligido mucho.

—¿No amais al lord inglés?

—Cuando María de Saint-Cyr ame á un hombre, los síntomas de su amor no se podrán desconocer. ¿Amariais vos aun?

—Sí.

—¿A quién? ¿á todas las grisetitas de París?

—No, á la mujer que llevo del brazo en este momento.

—Entonces permitidme que os diga que vuestro amor es tan sin esperanza como el del lord Brenton. No me repitais jamás esta declaración, os lo ruego; si lo haceis, se acabará nuestra confianza y nuestra amistad.

—Está bien; no volveré nunca á hablaros respecto á esto.

Por la tarde la condesa de Calmet iba del brazo de Jerónimo Lagrange y Antonieta del de Mr. De Clairant. Iban paseando hacia Hyde Park. Jerónimo escuchaba los ardientes discursos de su compañera y todos los que pasaban se volvían á mirar á esta mujer cuya belleza era sorprendente. Jerónimo estaba mas orgulloso de que le vieran con ella, que de ser el autor de aquellas cartas que habían escitado la atención y la curiosidad de todo París.

—¿Qué triste es el destierro! dijo suspirando la condesa.

—¡Pero cuán dulce para mí! contestó Jerónimo.

—¿Por qué?

—¿No me ha hecho conocer á la mujer mas hermosa del mundo? Espero madama, que si llegan para nosotros dias mas propicios me permitireis renovar este conocimiento.

—Yo estaré siempre orgullosa con vuestra amistad, Mr. Vercourt. Es imposible escucharnos sin convencerse de vuestro talento y de vuestro genio, como de la nobleza de vuestro carácter y de lo distinguido de vuestro nacimiento.

—Esas alabanzas en labios como los vuestros son preciosas en efecto, pero superiores á mis méritos; sin embargo trataré de ser digno de vuestra amistad.

—Mis propios sentidos me dan la evidencia de que ya sois digno de ella; llevais en vuestra frente el sello de un alma grande.

—Madama, me haceis un honor infinito.

—El destierro como el naufragio hace pronto amigos de extranjeros; aunque nuestro conocimiento es de pocas horas, parece que ha pasado un siglo desde que nos vimos por primera vez, porque nos conocemos uno á otro.

—Os habeis anticipado á hacer esta observación exacta; yo la hubiera hecho si me hubiera atrevido á expresarla.

—¿Qué lleno de gente está hoy el parque! ¿Admirais el pueblo inglés?

—Yo le veo como le ve un desterrado, dijo Jerónimo encogiéndose de hombros.

En este momento un caballero que iba en un carruaje se quitó el sombrero haciendo una cortesía á la condesa, y una señora que estaba á su lado la hizo un gracioso saludo.

—¿Quiénes son esos amigos vuestros, si no es una pregunta inoportuna? dijo Jerónimo.

—El marqués de Westville y su hija, han sido muy amables con nosotros en nuestro destierro.

(Se continuará.)

JOHN LANG.

## ROBERTO EL DIABLO.

(DEL ALEMÁN.)

Apenas Roberto había concluido de hablar, se levantó uno de los ladrones, y dijo en tono de broma á sus compañeros:—«Mirad, señores, al diablo, que quiere hacerse ermitaño! Roberto quiere, sin duda, burlarse de nosotros.» Pero este exclamó:—«Queridos compañeros, os ruego á todos, por amor de Dios, que desistais de vuestras locuras, y penseis en la salvación de vuestra alma!» A lo cual contestó otro ladrón:—«Señor y maestro; no penseis mas en eso, porque perdeis el tiempo. Ni yo, ni mis hermanos, nos hemos de convertir por vuestras palabras ni por las de otro, ni nos gusta la vida tranquila, que nos impediría hacer el mal, á que ya estamos acostumbrados.» Toda la compañía aprobó sus palabras, y todos gritaron á una voz:—«¡Tiene razón, y aunque nos mataran, hemos sido malos hasta ahora, y queremos ser aun peores en lo sucesivo!»

Al oír Roberto tan magníficos propósitos, no les dijo ni una palabra: se dirigió á la puerta, echó el cerrojo, y cogiendo un bastón nudoso, fué golpeando á todos los ladrones con él en la cabeza hasta dejarlos muertos, á pesar de la resistencia que opusieron, y que fue impotente contra sus fuerzas sobrehumanas. En seguida quiso quemar también aquella casa maldita; pero pensando que había allí muchas riquezas, que aun podrían servir para usos mejores, la dejó en pie, cerró la puerta y se llevó las llaves.

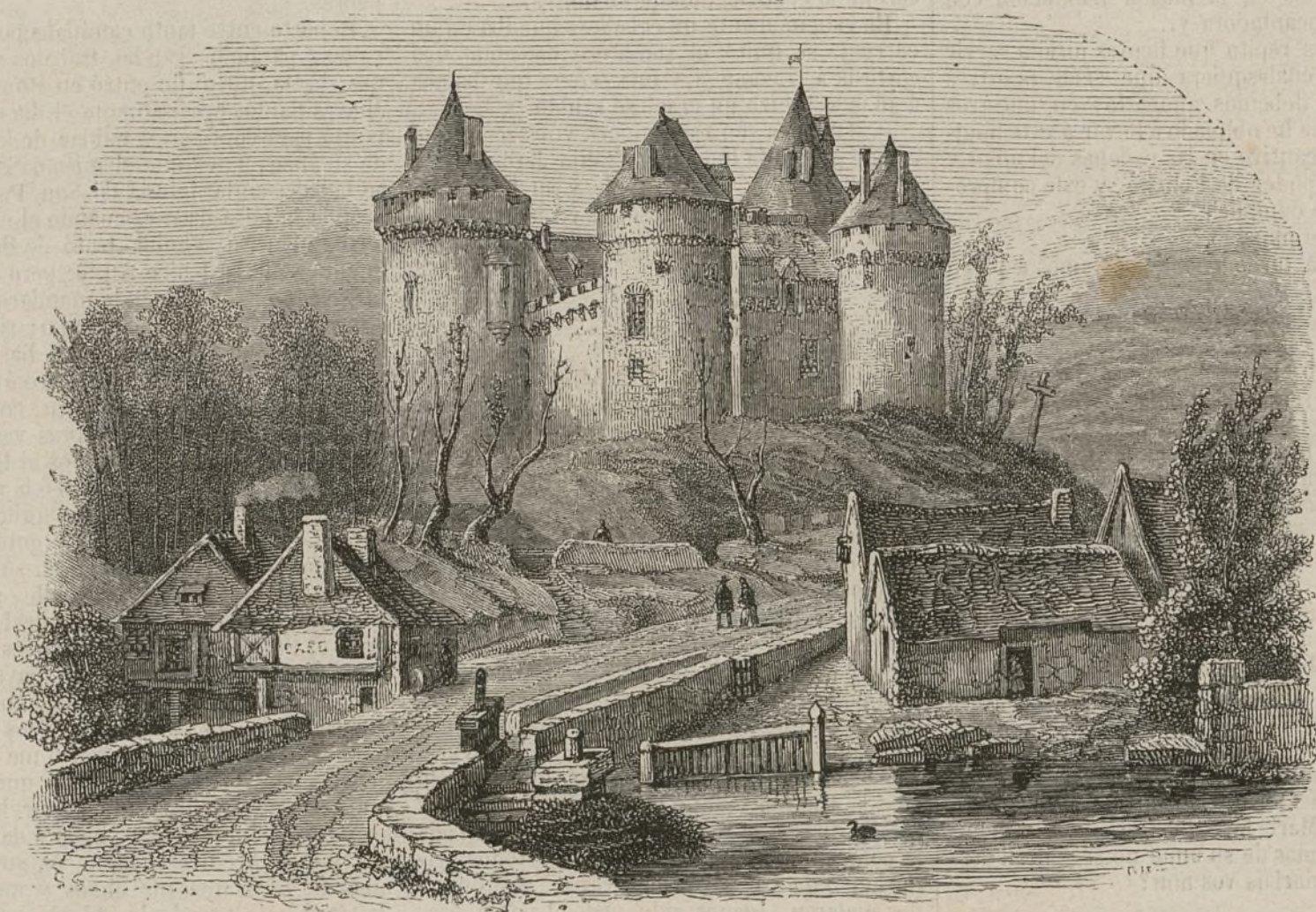
Por la primera vez en su vida hizo entonces Roberto la señal de la cruz. Salíó á caballo del bosque, y dirigiéndose por el camino de Roma, anduvo caminando largo tiempo hasta que, sobreviniendo la noche, y acosado por el hambre llegó casualmente á una abadía que frecuentemente había saqueado, aunque el abad era primo suyo, y en la cual entró sin decir una palabra. Al verle los monjes, que odiaban de muerte á Roberto y le temían como al enemigo malo, echaron á correr, gritando:—«¡Que viene Roberto, el diablo sin duda le ha traído aquí!» Estas palabras renovaron la pena de Roberto, que exclamó:—«¡Mucho debo odiarme á mí mismo, cuando tan aborrecido estoy de todo el mundo!» Sin embargo de esto, se dirigió en derechura á la puerta, saltó del caballo, y encomendándose á Dios, se presentó al abad y á los monjes, y les habló con tanta humildad, que los que huyeron de él como de un animal feroz, volvían á escucharle tranquilos.—«Señor abad, dijo, ya sé que he hecho mucho daño á vos y á vuestra casa, por eso, pues, imploro vuestro perdón.» E hincando una rodilla en tierra, continuó:—«Recomendadme á mi padre y dadle estas llaves, que son las de la casa que hasta hace poco habitaba yo con mis compañeros de rapiña; á todos los he matado con mi propia mano y en ella se hallan todos los tesoros robados por mí, que el duque puede restituir á sus dueños.» Aquella noche la pasó Roberto en la abadía, y á la mañana siguiente, despues de dejar á los monjes su espada y su caballo, marchó solo y á pié en dirección á Roma. Aquel mismo día montó á caballo el abad, y conmovido y alegre, se dirigió á casa del duque de Normandía, al que entregó las llaves y anunció la peregrinación de Roberto, devolviendo en seguida el duque á sus dueños los bienes ro-

bados, y lo que sobró lo repartió entre los pobres.

Roberto entre tanto caminaba por montes y valles, pasando grandes trabajos y privaciones, hasta que al fin entró en Roma el día de Jueves Santo, precisamente el día mas á propósito para confesar y cuidar de la salvación de su alma, pues que el mismo Santo Padre se hallaba en la iglesia de San Pedro, celebrando la misa mayor, cuando el malvado entró en ella. En seguida trató de llegar hasta donde estaba el Padre Santo; pero al ver esto los servidores del Papa, le mandaron retirarse y aun pasaron á vias de hecho: sin embargo de lo cual siguió avanzando, hasta que logrando acercarse al Papa, se arrojó á sus pies, y exclamó:—«¡Oh Santo Padre, compadeceos de mí!» y repitió estas palabras varias veces. Los que estaban mas próximos al Papa se incomodaron al ver el escándalo ó la alarma que producía Roberto, y quisieron quitarle de allí; pero él permaneció inmóvil, y enterándose el Papa de sus ardientes súplicas, se compadeció, y dijo al pueblo:—«Dejadle, pues viene con toda humildad,» despues de lo cual impuso el Papa silencio, y entonces dijo Roberto:—«Santo Padre, soy el mayor pecador del universo; así, pues, os ruego me confeseis y absolvais de los enormes pecados que he cometido, porque de lo contrario me hallo condenado para siempre, y temo que el diablo me lleve en cuerpo y alma; por lo tanto, y siendo vos el que está llamado á dar consuelo y ayuda á los necesitados, os suplico, por amor de Dios, que me oigais y me absolvais de todos mis pecados!» Al oír esto el Papa, pensó si acaso sería Roberto *el Diablo*, y le preguntó:—«Hijo, ¿eres tú, quizás, aquel Roberto de que tanto he oído hablar, y que parece es el hombre mas inicuo que existe sobre la tierra?» Roberto contestó:—«¡Sí, yo soy!» A lo cual repuso el Papa:—«Tendrás la absolución; pero, por Dios Todopoderoso, te conjuro que no causes daño á nadie.» pues el Papa y todos los circunstantes estaban asustados de ver tan repentinamente delante de sí á Roberto *el Diablo*. Este, sin embargo, cayó de rodillas ante el Papa, humilde y arrepentido por sus pecados, y dijo:—«Santo Padre, Dios me libre de hacer daño á nadie, bastante mal he hecho ya; por lo que, prometo no ofender á ningún cristiano mientras viva.» Entonces el Papa le llevó aparte, y diciéndole Roberto que su madre le había prometido antes de nacer al diablo, le contestó:—«Marcha, amigo mio, á Montalto, tres millas de esta ciudad; allí encontrarás un ermitaño, que es mi propio confesor: dile que yo te envío, y confíesale todos tus pecados, que estoy seguro que despues de imponerte la penitencia que merezcas, te dará la absolución.» Roberto le prometió que iría, y en seguida se despidió del Sumo Pontífice.

Aquel día le pasó Roberto en Roma, y á la mañana siguiente salió temprano de la ciudad, dirigiéndose por valles y colinas al sitio en que vivía el ermitaño. Cuando al fin se halló delante de este, le dijo que iba de parte del Papa á confesarse con él, y despues de una afectuosa acogida, y de tomar un refrigerio con el ermitaño, empezó Roberto á confesar, cómo su madre, en un momento de locura, le había ofrecido al diablo, y á contarle la serie de maldades que había cometido desde su niñez hasta hacia poco. Muy horrorizado quedó el ermitaño al oírlo todo, pero al mismo tiempo satisfecho interiormente al ver que Roberto reconocía sus pecados con tanta contricción; así, pues, le invitó amistosamente á pasar la noche con él, prometiéndole que á la mañana siguiente emprenderían la confesión solemne y le daría buenos consejos sobre el porvenir de su vida. En seguida Roberto, que estaba rendido por las grandes fatigas de su larga caminata, se retiró pidiendo á Dios se dignara concederle la victoria sobre el enemigo malo que se había apoderado de él. Luego que fue de noche, preparó el ermitaño un lecho para Roberto en una pe-





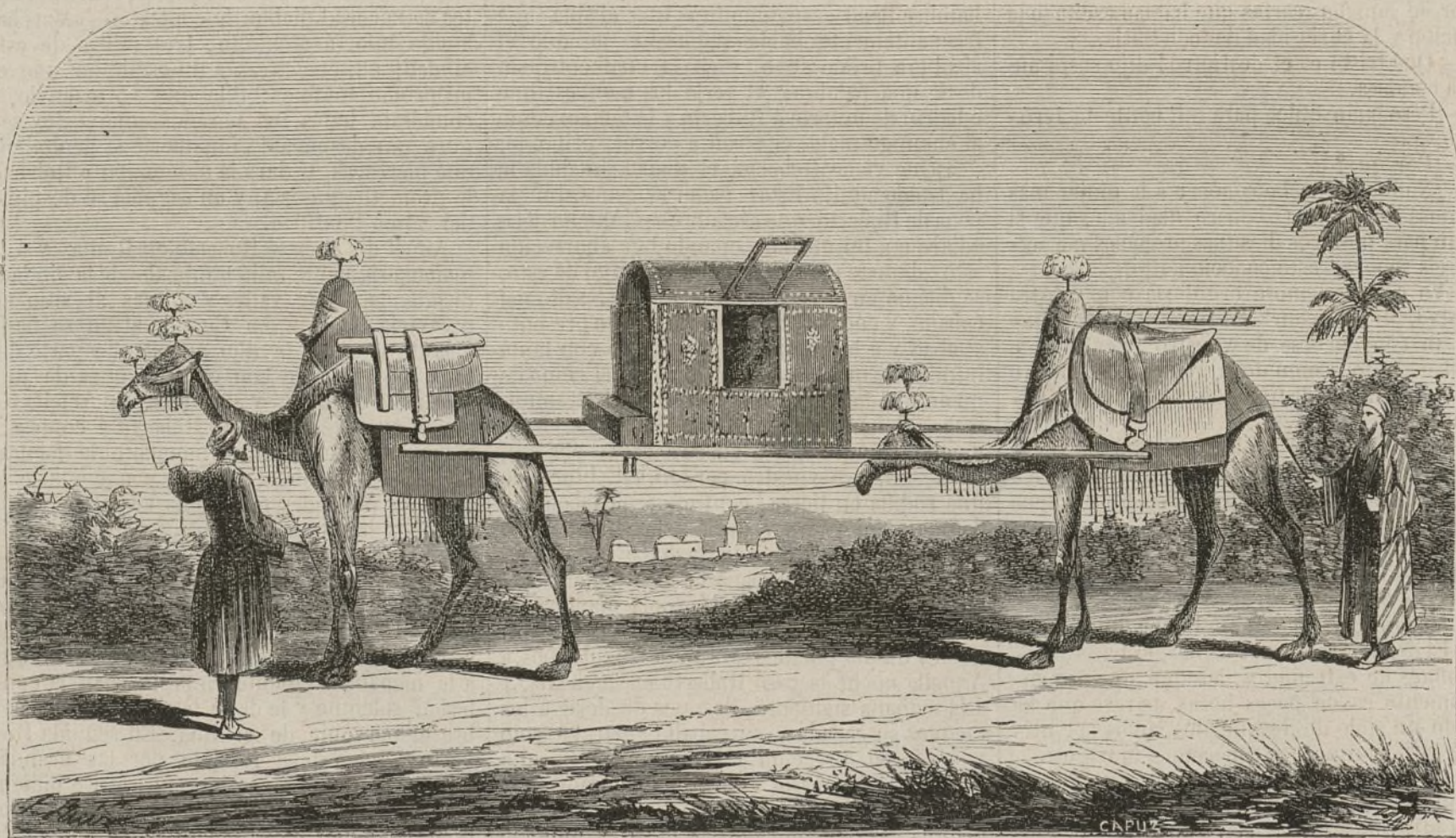
Castillo donde nació el vizconde de Chateaubriand.

queña capilla al lado de su celda, y él mismo estuvo toda la noche orando, hasta que al fin se quedó dormido en medio de estas oraciones. En esto se le apareció en sueños al ermitaño un ángel que le dijo: — «Hombre de Dios, oye el mensaje que te traigo; si ese Roberto quiere obtener el perdón de sus pecados, tiene que hacerse el loco y el mudo, y no ha de tomar otro alimento que el que pueda quitar á los perros, permaneciendo en este género de vida hasta que Dios tenga á bien manifes-

tarle que ha sido perdonado.» El ermitaño se despertó de este sueño extraordinariamente sobresaltado; pero después de reflexionar largamente, dió gracias á Dios por el anuncio, y en cuanto vino el día llamó á Roberto, y le dijo: — «Hijo mio, ven á confesarte.» Roberto fué con la mayor humildad y repitió la relación de sus pecados, y así que hubo concluido, le dijo el ermitaño la penitencia que había de cumplir, manifestándole que era la misma que el Señor le había anunciado aquella noche por

medio de un ángel. Cuando Roberto la oyó, se mostró muy satisfecho y contento, y dió gracias á Dios por haberle impuesto tan benigna penitencia, y despidiéndose del ermitaño, se dispuso á emprender la dura prueba que le esperaba, y que tan pequeña le parecía en comparación de sus enormes crímenes!

Apenas volvió á Roma, empezó, conforme á las prescripciones del ermitaño, á portarse como un loco, corriendo y saltando por las calles, y obrando como si hubiera perdido el



El taktrahuan ó litera usada en la ciudad de Cabul (Asia.)



juicio; comenzando en seguida los chicos á correr tras él silbando y gritando, y á tirarle barro y todo lo que podían encontrar por la calle, y aun los vecinos se asomaban á las ventanas, y se burlaban y reían. Después de andar de este modo corriendo por la ciudad, se encontró una vez delante del palacio del emperador de Roma, y viendo que estaban abiertas las puertas, entró en el patio y empezó á saltar de un lado á otro, andando unas veces despacio y otras deprisa, y sin detenerse apenas en ningún sitio. Al ver el emperador desde su salón las contorsiones que hacía, dijo:—«Mirad que lástima de joven, tiene todas las trazas de un caballero: pero parece que está loco: hacédle sentar y dadle de comer y de beber.» El gentil-hombre del emperador llamó á Roberto, que no contestó una palabra, y aunque le obligaron á sentarse á la mesa, no quiso probar absolutamente nada del pan, vino y carne que le presentaron. Mientras tanto comía el emperador, y habiendo echado un hueso á un perro que había bajo la mesa, apenas lo vio Roberto dió un salto y fué tras del perro para quitárselo; pero como el perro no quería soltar su presa, cada uno tiraba por su lado y roía su parte, hasta que al fin venció Roberto, que se llevó y comió solo el hueso; tanta era el hambre que tenía, por no haber tomado alimento alguno hacía ya mucho tiempo. Cuando el emperador le vio tan hambriento, echó á otro perro un pan entero, del que también se apoderó Roberto, y partiéndole en dos partes iguales, dió al perro la mitad. Todo esto causó una risa general, é hizo decir al emperador:—

«Es el loco mas divertido que he visto en toda mi vida; quita á los perros el pan para comérselo, y si le ponen á la mesa no prueba de nada: preciso es confesar que es un loco muy original.» Los criados del emperador dieron entonces de comer á los perros en abundancia para que Roberto pudiera llenar su estómago y para divertirse á su costa. Por fin se levantó del suelo y empezó á correr de un lado á otro con su vara en la mano, dando con ella á los perros y en las paredes, sillas y bancos como si no estuviera en cabal juicio, hasta que encontró una puerta abierta que conducía á un magnífico jardín, y en el cual corría una hermosa fuente, en cuya orilla apagó Roberto la gran sed que le abrasaba. En esto vino la noche, y como los perros tuvieron la costumbre de echarse á dormir al pie de alguna escalera ó en algun establo, Roberto los siguió también allí, y se acostó entre ellos. Al saber esto el emperador se compadeció tanto de Roberto, que mandó prepararle una cama en la que se pudiera acostar; pero Roberto la rehusó é hizo entender por señas á los criados que la llevaban, que prefería dor-

mir en el duro suelo, lo cual admiró no poco al emperador que mandó echar paja en la cuadra de los perros, en la que al fin se acostó rendido y durmió en lo sucesivo.

De este modo Roberto, que como hijo de duque estaba acostumbrado á una buena cama y á una magnífica mesa, abandonó voluntariamente todas estas comodidades, y estuvo siete años comiendo debajo de la mesa con los perros y durmiendo con ellos en el establo, sufriendo todo con la mayor humildad, á fin de obtener la salvación de su alma.

Mientras que Roberto cumplía su peniten-

pensa que merece.» Todos los caballeros y señores contestaron á una voz:—«Estamos completamente conformes con vuestros propósitos, y todos nos hallamos dispuestos á ir con vos, y á defender vuestros derechos y los nuestros hasta que con la ayuda de Dios demos fin del enemigo.» El emperador les dió las gracias, é hizo pregonar por la ciudad que todos, jóvenes ó viejos, que fueran capaces de llevar las armas, se preparasen á pelear contra el feroz enemigo, á cuyo llamamiento todos acudieron para defender la patria y se reunieron en torno del emperador, poniéndose él mismo á la cabeza de su ejército; pero aunque este era mas numeroso que el del senescal, hubiera sido vencido si Dios no hubiera venido en auxilio de los romanos de un modo milagroso.

El mismo día que el emperador iba á pelear contra los sarracenos, yendo Roberto según tenía de costumbre, á la fuente que había en el jardín imperial, oyó una voz del cielo que le decía:—«¡Roberto, despáchate! ¡Dios te manda que en el acto te vistas con la armadura blanca que á tu lado tienes, que montes en este caballo que te ha traído, y corras sin dilación en auxilio del emperador!» Roberto se conmovió en extremo; pero no contestó una palabra, y vistiendo la blanca armadura que le había traído el ángel invisible, montó á caballo y partió al campo imperial. Todo esto lo había visto la hermosa hija del emperador desde la ventana del palacio, y si hubiera podido hablar, de buena gana hubiera ido á contarle en seguida; pero como era muda, hubo de contentarse con guardarlo para sí, quedándole, sin embargo, todo muy grabado en su corazón.

Entre tanto el ejército imperial se hallaba tan acosado por los sarracenos, que si Dios y Roberto no hubieran ido en su auxilio, indudablemente hubieran sucumbido el emperador y toda su gente. Pero en cuanto Roberto llegó al lugar de la pelea se metió entre las mas apretadas filas de los gentiles, y repartiendo tajos á derecha é izquierda, era de ver cómo andaban por el aire brazos, piernas y cabezas, y cómo caían hombres para no volverse á levantar, no perdiéndose ni un golpe de los que daba á los sarracenos: de este modo el valiente caballero logró reanimar tanto al ejército imperial que le aseguró la victoria, y le hizo quedar dueño del campo de batalla.

Una vez concluido todo, volvió Roberto corriendo á caballo y completamente armado á su fuente; aquí se apeó del caballo, que desapareció en seguida, se despojó de sus arneses y armas, y volvió á vestirse con la ropa que antes había dejado, todo lo cual fue también visto por la hija del emperador, que se hallaba en la ventana asombrada en extremo. Ro-



José Rodríguez (Pepete.)

Muerto en la plaza de toros de Madrid en la corrida del domingo 20 de abril de 1862, á las cinco de la tarde.

cia en Roma, iba creciendo una hermosa hija que el emperador tenía, y que por desgracia era muda. El senescal del Imperio, hombre muy poderoso, la había pedido ya varias veces por esposa; pero no habiendo accedido á ello el emperador, se irritó tanto el senescal, que decidió derribarle del trono y arrebatarse su Imperio, para lo cual abandonando la corte y pasándose al sarraceno, reunió un poderoso ejército de infieles, con el que atravesó la Italia y llegó hasta Roma, á la cual puso sitio antes que el emperador se repusiera de su asombro y pudiera reunir fuerza bastante para contrarrestar á tan inesperado enemigo. Al ver esto el emperador, reunió á toda su nobleza, y les dijo:—«Nobles señores: es preciso hallar un medio de oponernos á esos perros infieles que tienen sitiada nuestra ciudad, y que nos destrozarán, si Dios con su infinita bondad no viene en auxilio nuestro: así, pues, ruego á todos y cada uno de vosotros, que os prepareis con todas vuestras fuerzas para luchar con ellos y arrojarlos de aquí, procurando antes de todo apoderarse del traidor senescal para darle la recom-



berto solo había sacado del combate una herida en la cara, fuera de lo cual había salido sano y salvo.

El emperador había vuelto entre tanto muy satisfecho de su victoria, por la que daba ardientes gracias á Dios. Cuando llegó la hora de la comida, se presentó Roberto al emperador como tenía de costumbre, y empezó á hacer sus correspondientes gestos y tonterías, continuando, por supuesto, mudo: al ver el emperador á su loco se alegró extraordinariamente, pues le quería mucho; pero al notar la cicatriz que tenía en su rostro, se quedó admirado y pensando si alguno de sus criados le habría herido.—«Aquí hay gente envidiosa, dijo, que mientras estábamos en el combate han maltratado á este hombre inofensivo, que si bien es verdad que es loco, no hace sin embargo, daño á nadie,» y mandó que en lo sucesivo nadie tocará á Roberto. Pronto, empero, olvidó al loco y empezó á preguntar con interés á sus caballeros si alguno podía decirle quién fuese aquel extranjero montado en un caballo blanco, que tan repentinamente llegó á su campo, y sin el cual se hubieran visto perdidos.—«No sé quien sea, dijo el emperador, solo sé que es uno de los caballeros mas nobles y valientes, que he visto en mi vida, y que no conozco á nadie que le iguale en valor.» Precisamente se hallaba presente la hija del emperador cuando este hablaba así, y al oírlo se acercó á su padre, y quiso hacerle entender por señas que Roberto era aquel con cuyo auxilio habían ganado la batalla; mas no comprendiendo el emperador lo que su hija quería decirle, mandó llamar á la mujer que la había criado para que le manifestara lo que quería decir, y esta, que comprendía perfectamente el lenguaje mímico de la doncella, declaró que su hija quería decir, que el loco era quien lo había hecho todo, y que sin él hubiera sido vencido el ejército imperial. Al oír á la nodriza se echó á reír el emperador, y la dijo que era mas loca que el mismo loco, añadiendo despues en tono serio, que era preciso que se corrigiese, pues que en lugar de instruir á su hija no hacia mas que echarla á perder y enseñarla tonterías.

Poco tiempo despues volvió á reunir el senescal un segundo ejército de sarracenos y á presentarse delante de Roma, y otra vez hubieran tenido que abandonar el campo los romanos, si no hubiera acudido el caballero de la armadura y caballo blanco, y no hubiera batido á los gentiles, lográndose tambien el milagro de la huida de los sarracenos y la victoria del ejército imperial. Pero cuando se terminó el combate, nadie supo dónde había ido á parar el blanco caballero, pues aunque el emperador había enviado bastante gente á seguirle, había desaparecido de pronto, sin que, á escepcion de la mudita, nadie pudiera decir dónde se ocultaba.

(Se concluirá en el próximo número.)

#### LA PRESENCIA DE DIOS.

ODA.

Do quiera que los ojos inquieto torno en cuidadoso anhelo, allí, gran Dios, presente atónito mi espíritu te siente.

Allí estás, y llenando la inmensa creación, do el alto empyreo velado en luz te asientas, y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.

La humilde yerbecilla, que huella, el monte, que de eterna nieve cubierto se levanta, y esconde en el abismo su honda planta;

El aura, que en las hojas con leve pluma susurrante juega, y el sol, que en la alta cima del cielo ardiendo el universo anima:

Me claman, que en la llama brillas del sol: que sobre el raudo viento con ala voladora cruzas del occidente hasta la aurora:

Y que el monte encumbrado te ofrece un trono en su nevada cima; y la yerbillita crece por tu soplo vivífico y florece.

Tu inmensidad lo llena todo, Señor, y mas; del invisible insecto al elefante, del átomo al cometa rutilante.

Tú á la tiniebla oscura das su pardo capuz, y el sutil velo á la alegre mañana, sus huellas matizando de oro y grana.

Y cuando primavera desciende al ancho mundo, afable ries entre sus gayas flores, y te aspiró en sus plácidos olores.

Y cuando el inflamado sirio mas arde en congojosos fuegos, tú las llenas espigas volando mueves, y su ardor mitigas.

Si entonces al bosque umbrío corro, en su sombra estás, y allí atesoras el frescor regalado, blando alivio á mi espíritu cansado.

Un religioso miedo mi pecho turba, y una voz me grita: «en este misterioso silencio mora: adórale humildoso.»

Pero á par en las ondas te hallo del hondo mar: los vientos llamas, y á su saña lo entregas, ó si te place, su furor sosiegas.

Por do quiera, infinito te encuentro y siento, en el florido prado y en el luciente velo, con que tu umbrosa noche entolda el cielo.

Que del átomo eres el Dios, y el Dios del sol, del gusanillo, que en el vil lodo mora, y el ángel puro, que tu lumbre adora.

Igual sus himnos oyes, y oyes mi humilde voz, de la cordera el plácido balido y del león el hórrido rugido.

Y á todos dadivoso acorres, Dios inmenso, en todas partes y por siempre presente. ¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.

Oyele blando y mira mi deleznable ser: dignos mis pasos de tu presencia sean: y do quier tu deidad mis ojos vean.

Hinche el corazón mio de un ardor celestial, que á cuanto existe como tú se derrame, y ¡oh Dios de amor! en tu universo te ame.

Todos tus hijos somos: el tártaro, el lapón, el indio rudo, el tostado africano es un hombre, es tu imagen, y es mi hermano.

MELÉNDEZ VALDÉS.

#### LA CIUDAD DE CABUL.

Cabul ó Kabul es una ciudad de Asia, capital de Kabulistan, á 108 leguas de Kandahar, capital antigua del mismo territorio. Su posición es agradable y se la considera como llave de la India por el lado de Tartaria. Su población asciende á unos 60,000 habitantes.

Un viajero moderno hace la siguiente descripción de Cabul. Es una ciudad muy poblada, siendo tal el ruido por las tardes, que una persona no puede hacerse oír de otra en las calles y plazas. El *chauchat* ó gran bazar, es un edificio elegante sostenido por arcos, el cual tiene casi 600 pies de largo y 30 de ancho. Está dividido en cuatro partes iguales y su plano revela mucha inteligencia, pero no ha llegado á concluirse. Cada comercio tiene su bazar, y en todos reina la mayor animación. Alrededor de las panaderías se agolpa multitud de individuos, y como Cabul es famosa por las viandas ya preparadas, que llaman *kabobs*, pocas personas cocinan en sus casas.

En los barrios mas concurridos hay personas que entretienen con sus cuentos á los ociosos, ó dervises que proclaman en alta voz la gloria y los hechos de los profetas.

En Cabul no circulan carruajes de ruedas. Las literas de los personajes ó *taktrahuan*, tienen la forma que representa el grabado de la página 60. Las calles son muy estrechas y estan cortadas por pequeños acueductos llenos de agua limpia, para comodidad de los habitantes. Estos llaman sobre manera la atención de los europeos por ir envueltos en capas de piel de carnero, pareciendo sumamente gruesos por la cantidad de sus vestidos. Las casas por lo regular no tienen mas que un piso, y como todas las tiendas están de noche iluminadas, ofrece toda la ciudad un espectáculo sorprendente.

La lengua de los afganes es el *persa*, pero no es el idioma dulce y elegante del Iran. El vulgo habla el dialecto *pechtu*.

#### ESCRITORES CÉLEBRES.

EL VIZCONDE DE CHATEAUBRIAND.

Francisco Augusto, vizconde de Chateaubriand, nacido en Saint-Malo en 1768, abrazó la carrera militar, que abandonó pronto para dedicarse al cultivo de la literatura. En 1791 se embarcó para América, visitó los Estados-Unidos y las tribus de las naciones salvajes. De regreso á Francia se unió con los emigrados y tomó parte en las operaciones del ejército prusiano. Desbaratado este, se refugió á Londres, donde vivió en la mayor miseria.

Durante su destierro en Londres, el joven emigrado estuvo sin dinero y sin recurso alguno. Curiosa es la lectura de la descripción de la buhardilla que habitaba en la calle de *Mary-le-Bone*. «Mi cama, dice, consistía en un colchón y una cubierta. No tenía sábanas. Cuando hacia frío me abrigaba con mi traje colocándole encima. Mi primo La Bonetardaye, perseguido por un acreedor, vino á refugiarse á mi lado. Un eclesiástico bajo-breton le prestó una cama de cordeles. La Bonetardaye era consejero en el parlamento de Bretaña; no poseía ni un pañuelo para atarse alrededor de la cabeza, pero había desertado con armas y bagajes, esto es, se había llevado consigo su gorra cuadrada y su toga encarnada, y se acostaba á mi lado sobre la púrpura. Jocosos, buen músico, con voz hermosa, cuando no podíamos dormir se sentaba desnudo sobre su cama, poníase su gorra y cantaba romances, acompañándose de una guitarra que solo tenía tres cuerdas.»

Los días en que hacia frío y los dos amigos no podían encender lumbre, permanecían en la cama. Una vez estuvieron muchos días sin comer. Cuando Chateaubriand pasaba por delante de una pastelería ó tahona, se detenía y se apoyaba en la pared á punto de desfallecer. Su compañero perdió el valor y se hizo algunas heridas con un cuchillo, llegando á punto de morir; pero dichosamente la casualidad vino en su auxilio, porque Chateaubriand recibió algun dinero de su familia, y Mr. Pelletier, que era uno de estos hombres llenos de recursos, y hacia entonces la fortuna de los emigrados, le ofreció pasar al servicio de un anglicano, Mr. Toes, que necesitaba un secretario para descifrar rancios manuscritos.

Pero es sabido que la mayor parte de los grandes hombres pasan primero por la miseria. La miseria es una gran maestra. De regreso á Francia comenzó á cambiar la suerte del ilustre literato. En 1802 publicó el *Genio del Cristianismo*, cuyo éxito fue asombroso. El 1809 *Los Mártires*, escritos de regreso de un viaje á Oriente; el *Itinerario de París á Jerusalem*, en 1811; *Bonaparte y los Borbones*, folleto político que causó gran sensación.

Luis XVIII le nombró ministro de Estado, pero no conservó mucho tiempo tan elevado puesto. Escribió *La Monarquía segun la Carta*, y publicó en *El Conservador* artículos en que las ideas monárquicas se aliaban con el liberalismo. Embajador en Berlin, y despues en Londres, tomó parte en el Congreso de Verona, y fue nombrado por segunda vez ministro de Estado. En 1830 rehusó servir al rey Luis



Felipe, y desde entonces puede decirse que se retiró á la vida privada. Murió en 1848, habiendo publicado además de las obras indicadas, *Los Natchez*, *Estudios sobre la ruina del imperio romano*, *La Vida de Rance*, *Memoorias de Ultra Tumba*. De todas estas importantes obras se han hecho ediciones interesantísimas en la *Biblioteca Ilustrada* de los editores del presente SEMANARIO, y los recomendamos á nuestros lectores como escritos de los que mas han llamado la atención en nuestro siglo.—El grabado de la página 60 representa la casa de Chateaubriand, donde escribió sus obras principales.

### EL HUSO, LA LANZADERA Y LA AGUJA.

CUENTO ALEMAN.

Una joven perdió á sus padres á poco de nacer; su madrina, que vivia sola en una cabaña al extremo de la aldea, y que no tenia mas recursos que su lanzadera, su aguja y su huso, se llevó consigo á la huérfana, la enseñó á trabajar y la educó en la piedad y santo temor de Dios. Cuando cumplió 19 años la niña, cayó enferma su madrina, y llamándola cerca de su lecho, la dijo:—Querida hija, conozco que voy á morir; te dejo mi cabaña que te protegerá del aire y la lluvia, y te doy tambien mi huso, mi lanzadera y mi aguja que te servirán para ganarte la vida.—Poniéndola despues la mano en la cabeza, la bendijo añadiendo:—Conserva á Dios en tu corazon y llegarás á ser feliz.—Cerráronse en seguida sus ojos, y la pobre niña acompañó su atahud llorando, y le hizo los últimos honores.

Desde entonces vivió sola, trabajando con la mayor actividad en hilar, tejer y coser, y la bendición de la buena anciana la protegía en todo cuanto ponía mano. Se podía decir que su provision de lino era inagotable, y que conforme tejía una pieza de tela ó una camisa, se la presentaba en seguida un comprador que la pagaba con generosidad, de manera que no solo no estaba en la miseria, sino que podía tambien socorrer á los pobres.

Por aquella época el hijo del rey comenzó á recorrer el pais para buscar mujer con quien casarse. No podía escoger una pobre, pero tampoco queria elegir una rica. Por lo que decia que se casaría con la que fuese á la vez la mas pobre y la mas rica. Al llegar á la aldea donde vivia nuestra joven, preguntó como era su costumbre, dónde habitaba la mas pobre y la mas rica del lugar. Se le designó en seguida la segunda; en cuanto á la primera se le dijo que debia ser la joven que moraba en una cabaña aislada al extremo de la aldea.

Cuando pasó el príncipe halló á la rica vestida con su mejor traje delante de la puerta, se levantó y salió á su encuentro haciéndole una profunda cortesía. Pero él la miró y continuó su camino sin decirle una palabra. Llegó á la cabaña de la pobre, que no habia salido á la puerta, y estaba encerrada dentro de su cuarto. Detuvo su caballo y miró por la ventana dentro de una habitacion que iluminaba un rayo de sol. La joven estaba sentada delante de su torno é hilaba con el mayor ardor. No dejó de observar aunque furtivamente al príncipe, pero se puso muy encarnada y continuó hilando, bajando los ojos, pero no me atreveria á asegurar que su hilo saliese tan igual como salia antes. Continuó hilando hasta que partió el príncipe. En cuanto no le vió ya, se levantó á abrir la ventana diciendo:—¡Qué calor hace aquí!—Y le siguió con la vista mientras pudo distinguir la pluma blanca de su sombrero.

Volvió á sentarse por último y prosiguió hilando, pero no se la iba de la memoria un refran que habia oido repetir con frecuencia á su madrina, y que se puso á cantar diciendo:

Corre huso, corre á todo correr  
mira que es mi esposo y debe volver.

Mas hé aquí que el huso se escapa de repente de sus manos y sale fuera del cuarto; la joven se le quedó mirando no sin asombro, y le vió correr al través de los campos, dejando tras sí

un hilo de oro. Al poco tiempo estaba ya muy lejos y no podía distinguírle. No teniendo huso cogió la lanzadera y se puso á tejer.

El huso continuó corriendo, y cuando se le acabó el hilo ya se habia reunido al príncipe.—¿Qué es esto? exclamó, este huso quiere llevarme á alguna parte.—Y volvió su caballo, siguiendo á galope el hilo de oro. La joven continuaba trabajando y cantando:

Corre lanzadera, corre tras de él,  
traeme á mi esposo, pronto, tráemele.

En seguida se escapó de sus manos la lanzadera y se lanzó hácia la puerta. Pero al salir del umbral, comenzó á tejer el tapiz mas hermoso que nunca se ha visto. Por ambos lados le adornaban guirnalda de rosas y de lirios, y en el centro salían pámpanos verdes de un fondo de oro; en el follaje saltaban liebres y conejos, y pasaban la cabeza al través de las ramas ciervos y corzos; en otras partes tenia pájaros de mil colores, á los que no faltaba mas que cantar. La lanzadera continuaba corriendo y la obra adelantaba á las mil maravillas.

Corre aguja, corre, á todo correr,  
prepara todo, que ya va á volver.

La aguja, escapándose de sus dedos echó á correr por el cuarto con la rapidez del relámpago. Parece que tenia espíritus invisibles á sus órdenes, pues la mesa y los bancos se cubrieron de tapetes verdes, las sillas se vestían de terciopelo y las paredes de una colgadura de seda.

Apenas habia dado la aguja su última puntada, cuando vió pasar la joven por delante de la ventana la pluma blanca del sombrero del príncipe á que habia traído el hilo de oro; entró en la cabaña pasando por encima del tapiz, y vió á la joven en su cuarto vestida como antes con su pobre traje, pero brillando sin embargo en medio de este lujo improvisado como una rosa en una zarza.—Tú eres la mas pobre y la mas rica, exclamó; ven, tú serás mi mujer.—Le presentó sin contestarle la mano que besó él, y habiéndola hecho subir en su caballo, la llevó consigo á la corte, donde se celebraron las bodas con grande alegría.

El huso, la lanzadera y la aguja, se conservaron con el mayor cuidado en el Tesoro Real.

GRIMM.

### EL OIDO EN LOS IRRACIONALES.

Las formas tan variadas de las orejas de los animales pudieran por sí solas suministrar materia para un libro curiosísimo. El asno dirige las suyas como una bocina hácia el sitio donde se oye el ruido: las de la tímida liebre son de una admirable estructura, y la sirven, digámoslo así, para acechar á sus enemigos. El topo, retirado en los oscuros subterráneos, no necesitaba de una vista perspicaz; pero á fin de que se supiese con anticipación la llegada de sus muchos enemigos, recibió un oído sumamente fino; y para que no obstruyese la tierra ó la arena sus orejas, las cubrió la Providencia con una delgada membrana que el animal puede dilatar y encoger á su antojo.

Los animales mas débiles son al mismo tiempo los mas tímidos, y hacen un grande uso del oído, el cual es en ellos mas perfecto que en los demás animales. Las liebres, las gacelas, los conejos, las gerboisas, las ratas y los topes, perciben los sonidos mas distantes. Los murciélagos, que tienen mala vista, están provistos de orejas grandes de tan exquisita sensibilidad, que por la sola impresion del aire conocen que se acercan á un cuerpo; y así es que nunca tropiezan con él aun en la mayor oscuridad. Los rinocerontes, los hipopótamos y los armadillos, que solo ven durante el crepúsculo, tienen un oído muy fino, al paso que los gatos, los linceos, los leones y los tigres recibieron unos tojos, tanto mas perspicaces, cuanto menos perfecto es su oído.

Los pájaros no tienen orejas salientes ó cuencas, porque estas aumentando el peso de la

cabeza hubieran perjudicado á la velocidad del vuelo; pero en cambio está interiormente muy bien desenvuelto el mecanismo acústico, el cual es muy grande en algunas especies.

Las aves nocturnas necesitado oír á los animales de que se alimentan por no poder verlos en la noche, tienen unas grandes cavidades que se comunican con el centro de la oreja: tales son los buhos, los mochuelos y los papavientos.

Por una prevision no menos digna de ser admirada, los alvéolos que rodean al instrumento acústico, los conductos y la pulpa en donde se efectúa la percepción de los sonidos, tienen poca estension en las aves terrestres y pesadas, como el avestruz y el casoario; por el contrario, se aumenta su valor á proporcion que los pájaros vuelan mejor. Así, pues, los que se remontan á grandes alturas donde el aire está mas enrarecido, y los sonidos son menos fuertes, tienen el oído muy delicado; al paso que las aves de los bosques, menos favorecidas en esta parte por la naturaleza, no podrian entenderse entre sí á no haber recibido una voz aguda y penetrante.

Pero nada es mas maravilloso que la disposicion del conducto de la oreja en varias especies de animales. El mochuelo, que se encarama en los árboles y en los paredones ruinosos, y que acecha á su presa escuchando de arriba abajo, tiene dicho conducto mas elevado por la parte superior, á fin de recibir hasta las menores impresiones del sonido. Al contrario la zorra, que desde la tierra atisba á su presa puesta en el árbol, tiene el conducto mas saliente en la parte inferior, con lo cual forma una especie de valla para contener las undulaciones del aire. El huron escucha de frente, y así tiene la oreja sesgada hácia adelante, elevándose el conducto por detrás para interceptar mejor los sonidos; mientras que el ciervo, animal tímido, y que siempre está de escucha, tiene la oreja guarnecida de un tubo huesoso, á manera de una bocina acústica, cuya abertura está tan bien dirigida hácia la parte posterior, que percibe hasta el mas leve ruido.

Sin las vibraciones sonoras del aire reinaria un silencio eterno en la naturaleza; y el pensamiento nos seria inútil sino se interpusiese el aire de esta atmósfera que nos rodea entre el órgano del oído y los órganos que producen los sonidos. ¡Qué armonía tan sublime se descubre entre el aire, la oreja y el alma; entre un fluido invisible y las necesidades de una criatura débil, que solo es grande por su pensamiento!

Agitar un poco de aire en la boca es al parecer cosa de poco momento; pero supongamos que el que le agita es un hombre dotado de genio para la guerra: su voz pondrá en movimiento todo el universo, y armará millares de brazos para guerrear y conseguir el triunfo. Si al contrario, este hombre es un Fenelon, calmará los ánimos, y el género humano se entregará al agradable ejercicio de la virtud. Familiarizados desde nuestra infancia con los prodigios del habla, los vemos sin sorpresa, así como el firmamento y los demás grandes fenómenos de la naturaleza, á los cuales está acostumbrada nuestra vista.

No solamente sirve el aire para comunicarnos las ideas, sino que aun produce un efecto mas maravilloso: á estas mismas undulaciones debemos la música, cuya hechicera armonía domina las pasiones humanas, y ya las aplaca, ya las agita violentamente.

### UN DESAFIO DE LAMARTINE.

El célebre autor de la *Historia de los Girondinos*, Mr. de Lamartine, no alcanzó sus laureles literarios sin contratiempos y sin disgustos. Lamartine ha tenido siempre un carácter noble y caballeresco, y no pocas veces en sus escursiones literarias ha tenido que esponder su vida.

Hallándose en Florencia abrióse de repente una mañana la puerta de su gabinete.

—¿Quién se atreve á entrar de este modo? preguntó el poeta, levantándose de su silla mi-





El oído de los irracionales.—El buho y el mochuelo. (Pág. 63.)

rando con sorpresa á un militar de alta graduación que entra enfurecido y con un libro en la mano.

—¿Sois Mr. de Lamartine? pregunta el desconocido.

—Sí, contesta el ilustre poeta.

—¿Habeis escrito el *Ultimo canto de la peregrinación de Harold*?

—Ciertamente, contesta Lamartine. Pero os ruego me espliqueis el motivo...

—¿Qué me ha conducido hasta aquí? Me parece que este libro os lo indica sin género de duda. Soy el coronel P... hermano del general del mismo nombre. La Italia es mi país natal, y vos habeis insultado la Italia.

—Pero, señor...

—Acaso no os acordais del pasaje y conven-ga ayudar vuestra memoria.

Y abriendo el coronel su libro, leyó los versos en donde el poeta dice que la Italia tiene hijos que no heredaron la sangre de sus abuelos y que los viles aceros hieren escondidos en la sombra.

—¡Vive Dios! añadió el coronel, ¡que yo soy joven y siento correr por mis venas sangre ardorosa, y sabed... que mi espada os probará que hay aceros que no hieren en la sombra, pues ahora mismo nos vamos á batir, en pleno día, á la luz del sol, á no ser que borreis de vuestra obra versos tan ignominiosos!!

—Dispensadme, contestó Lamartine, con calma: yo cedo fácilmente á los ruegos, pero nunca á una amenaza.

—¡Muy bien! Pero ved aquí otros versos en que decís que en valde buscáis en Italia hombres y solo hallais su polvo... ¡Yo os haré morder este polvo, caballero!

—No lo creais, respondió el poeta. Intentais intimidarme y no lo lograreis. Absolutamente cambiaré nada en mis versos, y desde luego estoy á vuestras órdenes.

—Marchemos, gritó el coronel.

—Inmediatamente, dijo Lamartine.

En el jardín de la misma habitación se desafiaron y batieron, pero el autor de la *Peregrinación de Harold* fue gravemente herido. Los habitantes todos de Florencia llevaron á mal una pendencia exigida por una antítesis

poética, y mientras la vida de Lamartine estuvo en peligro, las clases todas de la sociedad se interesaron vivamente por el restablecimiento del gran poeta.

En verdad que no se adquiere la celebridad sino á costa de grandes sacrificios.

#### BIBLIOGRAFIA.

El año que acaba de transcurrir ha sido fecundo en publicaciones, debidas á la inteligencia y actividad de los famosos librereros de París, Fermin Didot, impresores del Instituto de Francia. Entre los numerosos libros que han salido de sus prensas y se han diseminado por toda Europa desde su librería, situada en la rue Jacob de París, merecen citarse: *La nueva biografía general*, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, publicada bajo la dirección del Dr. Hoefer; la *Biblioteca francesa*; conteniendo en 60 volúmenes las obras completas de la literatura del vecino imperio; el *Complemento de la Enciclopedia moderna*, ó sea *Diccionario de ciencias, letras y artes*; la *Biografía universal de los músicos* y *Biografía general de la música*; *El Jardín de frutas* del Museo ó iconografía de todas las especies y variedades de árboles frutales, por J. Decaisne, y otros muchos libros tan dignos de elogio por su mérito científico como tipográfico.

#### AJEDREZ POÉTICO.

De mirar con demasia

con	encuen	mi	que	ma	Se	ce	los
De	cie	de	tro	Y	do	si	me
me	rar	ahora	que	a	han	ojos	ga
an	cie	go	con	Es	desen	den	do
me	ti	cu	ga	ahora	de	mi	sus
to	do	go	mun	mis	tro	vien	sar
nue	encuen	veo	Y	ños	Es	y	de
lo	do	El	tro	do	mo	Pa	toy

El ajedrez poético se juega para ganarlo y descifrarlo, saltando una casilla, sea hacia adelante ó hacia atrás, á la derecha ó á la izquierda, pero siempre de una casilla blanca á otra negra, ó de una casilla negra á otra blanca.

La explicación en el número próximo.

#### PENSAMIENTOS.

El mas astuto vence siempre al mas fuerte.

Fedro.

Vivir oculto es vivir feliz.

Ovidio.

Por todo lo no firmado J. CASPAR,  
editor responsable.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.